

PRÓLOGO

A mediados de los años 60, un joven estudiante estadounidense llamado Terrence Malick, graduado en Filosofía por la Universidad de Harvard, fue admitido en el Magdalen College de Oxford para realizar una investigación sobre la idea de mundo en Heidegger, Wittgenstein y Kierkegaard. La estancia fue muy corta, pues una desavenencia con su director de tesis concluyó con la salida precipitada de la *alma mater* oxoniense y el consiguiente retorno a América, donde consiguió instalarse como profesor en el Massachusetts Institute of Technology. Sin embargo, no había terminado la década cuando Malick iniciaba su carrera como director de cine y en 1973 realizaba su primer largometraje, *Malas tierras*, una *road movie* sobre la huida a ninguna parte de una pareja de delinquentes ocasionales. La película, especialmente apreciada durante su estreno en el Festival de Cine de Nueva York, fue la primera de una inspirada filmografía que ha permitido considerar a Malick entre los grandes realizadores.

Medio siglo después de la corta aventura europea del director, en 2016, otro joven llamado Pablo Alzola –el autor del libro que ahora sostienes en tus manos–, graduado en Filosofía y Comunicación por la Universidad de Navarra y recién posgraduado en Estudios Narrativos de Artes Visuales por la Universidad Rey Juan Carlos, también se instalaba en Oxford para realizar la primera de tres estancias investigadoras en suelo británico que darían lugar a una tesis doctoral. En este caso, el estudio sí llegaría a buen puerto y, nada menos, trataba sobre la imagen poética del hogar en el cine de Terrence Malick. Guiaba a Pablo un entusiasmo incondicional por la obra del director, despertado por su estética cautivadora, por su discurso trascendental y, sobre todo, por ese talento que solo poseen los cineastas geniales para hibridar el misterio humano con la naturalidad expresiva.

Paradójicamente, el fracaso inicial de Malick permitió a la vuelta de los años el logro académico del autor de este libro: sin ese para nosotros feliz fracaso, el investigador frustrado de los 60 quizás nunca se hubiese convertido en el consagrado director de cine actual ni, por tanto, en el objeto material de la tesis doctoral que ahora, desprovista de ganga científica, acaba de publicarse bajo el título de *El cine de Terrence Malick. La esperanza de llegar a casa*. Podría decirse, por tanto, que todo comenzó en Oxford gracias a la afortunada desavenencia de Malick con su director de tesis: algo que, por otra parte, nunca llegó a surgir durante el desarrollo de la tesis de Pablo. Al contrario. Durante los cuatro años en que tuve el honor de dirigir su investigación, pude visitar el cine del director de *El árbol de la vida* desde la mirada aguda y abierta de un joven doctorando que, al mismo tiempo, me permitió disfrutar de una escritura amena, repleta de imágenes evocadoras y de un estilo cuidado hasta el detalle.

La curiosidad investigadora del autor de este libro se fraguó en Oxford a orillas del Támesis, muy cerca del Magdalen College donde se alojó Malick y donde mucho tiempo atrás otro creativo, el ensayista y novelista C. S. Lewis, impartió su magisterio. Durante los años 30, el autor de la *Trilogía espacial de Ransom*, las *Cartas del diablo a su sobrino* y las *Crónicas de Narnia* fundó junto a su amigo y colega J. R. R. Tolkien la sociedad de los *Inklings*: un grupo de discusión literaria integrado por académicos que inició sus reuniones semanales en este *college*, antes de pasar al *pub* Eagle and Child. Aunque aprecia vivamente la labor de Lewis como ensayista, las preferencias cinematográficas y literarias de Pablo discurren por los derroteros del drama y no tanto por la fantasía de aventuras o la ciencia ficción, géneros favoritos de los *mitopoetas* de Oxford. Los creadores de mitos, como se llamaban a sí mismos, estaban convencidos de que los cuentos de hadas y sus derivaciones genéricas posteriores –así lo entendía Chesterton– proporcionaban el marco literario más idóneo para abordar los misterios antropológicos; para, en definitiva, hablar de lo inefable: aquello que las palabras son incapaces de describir, si atendemos al significado etimológico del adjetivo.

Este es precisamente el reto que anima el cine de Terrence Malick: atrapar lo inefable a través de su peculiar estética visual, mediante una narrativa que trasciende las barreras del tiempo y del espacio, y que puede desenvolverse en los sucesos y en las localizaciones más corrientes del paisaje estadounidense pues, según ha recordado recientemente un estudio de Alberto Fijo, la obra de Malick es una pastoral americana. Como nos muestra este libro, el cineasta ha viajado por la corta historia de su país a través de relatos que nos trasladan desde los tiempos de los primeros colonos de Virginia hasta el *panhandle* texano de comienzos del siglo XX, pasando por la guerra contra Japón en las islas remotas

del Pacífico o las mansiones de infelices actores de Hollywood. *Road movie*, drama histórico, cine bélico, romance... son los géneros diversos tratados por un director que, sin embargo, ha terminado por forjar su propia narrativa en un género particular inclasificable, donde la intimidad y los conflictos interiores de los personajes se imponen de manera contundente en tramas aderezadas con la iconografía americana, los pensamientos de Thoreau, las pinturas de Andrew Wyeth y Edward Hopper, las imágenes bíblicas y las bandas sonoras sinfónicas. Todo ello en una filmografía donde es posible encontrar maestros de la luz como Néstor Almendros y Emmanuel Lubezki, compositores como Ennio Morricone y Hans Zimmer, e intérpretes como Jessica Chastain, Richard Gere o Christian Bale.

La audacia de Pablo Alzola reside, en parte, en la dificultad que supone la exploración de un cineasta que contiene un universo narrativo en sí mismo. Y el hecho de que esta sea su primera investigación de relieve, acrecienta aún más el mérito. Esta labor de estudio se ha realizado desde la perspectiva del hogar como clave dramática, de manera que, a lo largo de los capítulos, el lector se introduce en el universo de Malick a través de las puertas, arcadas, salas, escaleras y ventanas entre las que surgen y a las que se asoman los personajes mientras se proyecta el espectáculo.

Como las películas de Terrence Malick, los comentarios de Pablo transportan al lector espectador hasta ese limbo donde reformulamos las preguntas primordiales y se consideran los enigmas insondables, incluso en las escenas aparentemente más triviales. Es entonces cuando podemos aceptar que el drama y el documental, con su fórmula mimética, coinciden con los géneros fantásticos de los *mitopoetas* de Oxford a la hora de abordar el misterio. Las inquietudes filosóficas de Terrence Malick y de Pablo Alzola, cineasta e investigador, convergen entonces en el mismo umbral: la pantalla cinematográfica como ventana a universos alternativos, ficciones que inventamos para intentar comprendernos a nosotros mismos. Y en el terreno de la invención, el género es lo de menos. Solo es la clave en la que se ejecuta el drama.

Una prueba de ello reside en el uso de los umbrales. El armario de Narnia y la puerta mágica de Moria son portales tan fantásticos como el arco que da entrada, en medio del páramo, a la hacienda de *Días del cielo* o la puerta que, misteriosamente alzada en la playa de *El árbol de la vida*, da paso al hogar definitivo donde es posible el reencuentro con los seres queridos. Tolkien denominaba *eucatástrofe* al desenlace feliz de los cuentos de hadas –concepto entendido en sentido lato–, por analogía con el final esperanzador de la propia vida. Y en este punto encontramos una conexión con la dimensión escatológica del cine de Terrence Malick, presente en una morada a cielo abierto como aquella a la

que accede Jack, el personaje interpretado por Sean Penn, e igualmente presente en los monólogos interiores de otros protagonistas.

Este libro se cierra con un capítulo culminante acerca del cine como morada del espectador. El autor asegura en las páginas finales que «la mirada más adecuada para acercarnos a los filmes de Malick es precisamente esta: una mirada capaz de demorarse en las imágenes, de morar en ellas, de adentrarse en el encuadre de la pantalla como quien entra en una casa». Podría decirse que, tras cruzar el umbral de la pantalla, Pablo se ha alojado como un invitado de excepción en cada película de Terrence Malick, y esta experiencia le ha permitido alumbrar la intimidad de un director que, sin embargo, guarda celosamente su vida privada hasta el punto de rechazar las fotografías y no conceder entrevistas.

Quien conozca bien al autor de este libro sabe que la honestidad y la franqueza son dos rasgos que se aúnan en su vida personal y profesional. Y en este libro que ahora nos ofrece —el primero que escribe y, como intuirá pronto el lector, mucho menos será el último—, la búsqueda del hombre detrás del cineasta se advierte en cada comentario, en cada análisis, con un entusiasmo que hace años admiraban dos de los primeros mentores de Pablo Alzola: los profesores José María Caparrós y Eduardo Rodríguez Merchán. Ellos ya habitaban hace tiempo en la morada del cine, antes de compartirla con nosotros, y nos aguardan en el hogar a cielo abierto que Malick, más allá del ser y del tiempo, concibió como una playa.

ANTONIO SÁNCHEZ-ESCALONILLA
Catedrático de Estética y Teoría de las Artes